



**Hugo Fóscolo**

## **Los sepulcros**

**a Hipólito Pindemonte**

Deorum manium iura sancta sunt.  
(XII Tablas)

All'ombra de'cipressi e dentro l'urne...

¿Del ciprés a la sombra, en rica urna  
Bañada por el llanto, es menos duro  
El sueño de la muerte? Cuando yazga  
Yo de la tumba en el helado seno,  
Y no contemple más del sol la lumbre  
Dorar las mieses, fecundar la tierra,  
Y de yerbas cubrirla y de animales,  
Y cuando bellas, de ilusión henchidas,  
No pasen ya mis fugitivas horas,  
Ni, dulce amigo, tu cantar escuche  
Que en armonía lúgubre resuena;  
Ni en mi pecho el amor, ni arda en mi mente  
El puro aliento de las sacras Musas,  
¿Bastará a consolarme yerto mármol

Que mis huesos distinga entre infinitos  
Que en la tierra y el mar siembra la Muerte?

Es verdad, Pindemonte, aun la Esperanza,  
última diosa, los sepulcros huye;  
Todo el olvido en su profunda noche  
Presto lo oculta, y sin cesar girando  
Una fuerza invencible lo arrebató,  
Y el hombre y sus sepulcros suntuosos  
Y sus últimos restos y sus nombres  
De la tierra y del cielo borra el Tiempo.  
¿Mas no vive el mortal, cuando ya muda  
Es para él del mundo la armonía,  
Si puede alimentar dulces recuerdos  
En los pechos amantes? La celeste  
Correspondencia de amoroso afecto  
Don es a los humanos otorgado;  
Por él vivimos con el muerto amigo,  
Y él vive con nosotros; la piadosa  
Tierra que en su niñez le alimentaba  
Le ofrece en su regazo último asilo,  
Y sus cenizas de la lluvia impía  
Y del profano pie guarda y defiende;  
Su nombre escribe en mármol, y con flores  
De árbol amigo su sepulcro cubre,  
Sobre él tendiendo bienhechora sombra.

Mas quien afectos no dejó en herencia  
Con triste rostro mirará las tumbas,  
Errar verá su espíritu desnudo  
Por las orillas de Aqueronte río,  
O levantarse en las augustas alas  
Del divino perdón, pero su polvo  
Deja a la ortiga del terrón desierto,  
Donde ni dama enamorada ruegue,  
Ni escuche el pasajero los suspiros  
Con que desde el sepulcro hablan los Manes.  
Nombre tan sólo aquellos muertos tienen  
Que con piadoso llanto son honrados.  
¡Oh Talía! sin tumba el sacerdote  
Yace, que con amor, en pobre asilo,  
Te consagró un laurel, ciñó tus sienes  
Con preciada corona; tú aplaudías  
En dulce risa el cántico festivo,  
Punzante al Sardanápalo lombardo,  
Con el mugir dormido de sus bueyes,  
Que arando las campiñas del Tesino  
Ocio le dan, riquezas y abundancia.  
¡Oh bella Musa! ¿dónde estás? No siento  
Pura ambrosía, indicio de tu numen,

Entre las plantas do sentado lloro  
Por mi techo materno. Aquí venías  
Tu poeta a escuchar, bajo aquel tilo  
Que hoy gime y tiende sus dobladas hojas  
Porque no cubre, oh Diosa, del anciano  
La urna con la sombra de sus ramas.  
¿Buscas tal vez en túmulos plebeyos  
El lugar do descansa la cabeza  
Sagrada de Parini? No en sus muros  
Sombra le puso, mármol ni inscripciones  
Milán, la de cantores enervados  
Engendradora; sus cenizas mancha  
Tal vez con torpe sangre el homicida  
Que purgó en el patíbulo su crimen;  
Acaso siente cuál sus huesos roe  
Abandonado can que triste aúlla  
Y hambriento escarba la olvidada fosa,  
Mientras nocturno buho vuelve al nido,  
Si la luna alumbró el fúnebre campo,  
Y en inmundos sollozos se lamenta  
Del pálido fulgor que los luceros  
Sobre la tumba abandonada vierten.  
¡Oh sacra Musa! de la oscura Noche  
Por tu poeta la merced implora.  
¡Ay del difunto que ni gloria humana  
Tras sí dejare ni amoroso llanto!  
Flores no nacerán sobre su losa.

Cuando las nupcias, tribunales y aras  
Dulcificaron de la humana gente  
Las ásperas costumbres, y piadosas  
Tornáronlas, los vivos arrancaron  
Al aire vago, a las voraces fieras  
Los míseros despojos que Natura  
En raudo vuelo, en incesante giro,  
Nueva existencia a producir destina.  
Monumentos de gloria los sepulcros  
Fueron al par que venerandas aras.  
Allí los Lares responder solían,  
Del oráculo allí la voz oyose,  
Y fue temido el juramento horrible  
Sobre el paterno polvo pronunciado.  
Tal religión que con diversos ritos  
La virtud patria y la piedad unía,  
Fue por largas edades continuada.  
No siempre el pavimento recubrieron  
De los templos las losas sepulcrales,  
Ni el hedor de cadáveres mezclado  
Al humo del incienso respirose,  
Ni entristecieron la ciudad efigies

De hórridos esqueletos, ni la madre  
Despertaba del sueño estremecida,  
Tendiendo el nudo brazo a la cabeza  
Del tierno niño que en su seno yace,  
Oír pensando de irritada sombra  
Largo gemir que el corazón lo helaba.

En otra edad los cedros, los cipreses,  
De efluvios puros impregnando el aire,  
Hojas tendían en memoria eterna  
Sobre la urna, y en corintios vasos  
Derramadas las lágrimas votivas,  
Una antorcha encendían los amigos,  
Para alumbrar la subterránea noche,  
Porque los ojos moribundos buscan  
La luz del sol, y el último suspiro  
Todos los pechos a su luz exhalan.  
Las fuentes derramando aguas lustrales,  
Amarantos regaban y violas  
En el fúnebre cerco, do si alguno  
A libar leche y a contar sus penas  
A los caros finados se acercaba,  
Sentía en torno una fragancia pura  
Como las auras del Elíseo prado.

Hoy piadosa locura a las doncellas  
Britanas hace suburbanos predios  
Mucho estimar, donde el amor las lleva  
De la perdida madre, do imploraron  
Al Genio del lugar por el retorno  
Del héroe que rompió vencida nave,  
Y de su mástil fabricó su tumba.  
Donde duerme el afán de ínclitos hechos,  
Y el trémulo pavor y la opulencia  
Son del vivir político ministros,  
Inútil pompa, precursora imagen  
Del Orco son marmóreos monumentos.  
Ya el rico, el docto y el patricio vulgo,  
Gloria y decoro de la Ausonia tierra,  
En sus palacios, entre vil lisonja,  
Tiene, aun en vida, excelsa sepultura,  
Y en vanos timbres su grandeza asienta.  
Ven, dulce muerte, reposado albergue  
Do la fortuna sus venganzas cesa;  
Recoja la amistad no de tesoros  
Herencia, mas de canto no humillado  
Y libres pensamientos el ejemplo.

A egregios hechos, Pindemonte, excitan  
Las urnas de los fuertes; bella y santa

Hacen al peregrino aquella tierra  
Que las oculta. Cuando vi el sepulcro  
Donde de aquel varón los restos yacen,  
Que el cetro del tirano gobernando,  
Deshoja su laurel, y al pueblo muestra  
Con qué lágrimas crece y con qué sangre,  
Y el féretro de aquel que nuevo Olimpo  
Alzó en Roma a los Dioses, y la tumba  
Del que vio al sol inmóvil y a los mundos  
Bajo el etéreo pabellón rodando,  
Y al Anglico inmortal mostró la vía  
Del antes ignorado firmamento;  
Dichosa te llamé, ciudad que baña  
Aura vital, y lava el Apenino  
Con torrentes lanzados de su cumbre.  
Limpidísima luz vierte la luna  
En tus collados que la vid adorna,  
En los cercanos valles que a los cielos  
Despiden de mil flores el aroma.

Tú, Florencia, escuchaste la primera  
Del desterrado Gibelino el canto,  
Y tú los padres diste y el idioma  
Al dulce vate, de Caliope labio,  
El que al Amor desnudo en Grecia y Roma  
De un velo candidísimo adornando,  
Volvió al regazo de la Urania Venus  
Y más felice aún, porque en un templo  
Conservas fiel las italianas glorias,  
Las únicas quizá, pues de los Alpes  
El mal vedado paso y la inconstante  
Omnipotencia de la humana suerte  
Armas te arrebataron y defensa,  
Y aras y patria; esta memoria sola  
Nos resta; de aquí brote refulgente  
Luz de esperanza a la oprimida Italia  
Y el fuego encienda en generosos pechos.

Alfieri en estas tumbas a inspirarse  
Venir solía; con los patrios dioses  
Airado, en torvo ceño, erraba mudo  
Por la orilla del Arno más desierta  
Con ansioso recelo contemplando  
Los montes y los valles, do ninguno  
A su anhelar quejoso respondía;  
Sobre el mármol dobló la frente austera  
Con palidez mortal, mas aún brillaba  
La divina esperanza en su semblante.  
Hoy yace en esos mármoles; sus huesos  
Aun a la voz de patria se estremecen;

Desde el sacro recinto un numen habla,  
Numen de patria que animó a los griegos  
Contra el persa invasor, en Salamina  
Y en Maratón, do consagrara Atenas  
Trofeos a sus hijos. El piloto  
Que surcó desde entonces el mar Eubeo,  
Vio centellear en la tiniebla oscura  
Fulgor de yelmos y encendidas teas,  
Humear ígneo vapor las rojas piras,  
Armas brillar cual si la lid tomara,  
Y escuchó en el silencio de la noche  
Tumulto de falanges por el campo,  
Clangor vibrante de torcidas trompas,  
Relincho de corceles voladores,  
Gemir de moribundos, triste llanto,  
Himnos de gloria, y funerales trenos.

¡Feliz tú que el imperio de los vientos  
En tus floridos años recorrieras,  
Y si la antena dirigió el piloto  
Tras las islas Egeas, cierto oíste  
Del Helesponto resonar la costa  
Con los hechos antiguos, y espumosa  
Y rugiente miraste a la marca  
Las armas conducir del fuerte Aquiles,  
A las playas Reteas, a la tumba  
De Ajax de Telamón! Sólo la muerte  
Dispensa con justicia eterna gloria;  
Ni astuto ingenio ni favor de reyes  
Al Ítaco falaz aprovecharon;  
Las ondas le arrancaron su despojo  
Por los ínferos dioses concitadas.

Yo en peregrinas tierras fugitivo  
Por anhelo de gloria y triste suerte  
Estos nombres evoco, que las Musas  
Del mortal pensamiento animadoras,  
Fieles custodios, los sepulcros guardan,  
Y cuando el tiempo con sus alas frías  
Osa tocarlos, las Pimpleas hacen  
Alegres con su canto los desiertos,  
Y vence poderosa su armonía  
De siglos mil las sombras y el olvido.  
Por eso hoy en la Tróade contempla  
Con asombro y respeto el peregrino  
Un lugar por la ninfa consagrado  
Que fue esposa de Jove, y dio la vida  
A Dárdano inmortal, de do Asaraco  
Y los cincuenta tálamos proceden  
Y Troya, el reino de la Julia gente.

Oyó Electra el decreto de la Parca  
Que del aura vital la transportaba  
A los Elíseos coros, y al Tonante  
Esta postrer plegaria dirigía:  
«Si te agradó mi rostro y mi belleza  
Y las dulces vigili­as a mi lado,  
Y algún premio mayor no me deparas,  
La muerta amada desde el cielo mira  
Y haz sagrado el lugar de su sepulcro.»  
Rogando así, moría y el Saturnio,  
Gimió, doblando la inmortal cabeza,  
Y ambrosía vertió sobre la Ninfa,  
Y aquella tumba consagró por siempre.  
Allí yace Erictonio y duerme el justo  
Ilión; allí venían las troyanas  
Sacrificios a hacer, queriendo en vano  
El hado detener de sus maridos;  
Allí vino Casandra, cuando el pecho  
Ardiendo en sacro fuego, el Dios la hacía  
De Pérgamo anunciar los tristes hados,  
Y a las sombras cantaba himno amoroso,

Guiando a sus sobrinos exclamaba  
Con profundo suspiro: «Si de Argos  
Do al hijo de Laerte, al de Tideo  
Conduciréis al pasto los corceles,  
Tal vez tornar os concediera el hado,  
En vano buscaréis la patria vuestra;  
Los muros arderán, obra de Febo,  
Aun veréis humeantes sus reliquias.  
En esta sacra tumba los Penates  
Habitarán de Ilión, que en la desdicha  
Los Númenes conservan el recuerdo.  
¡Oh palmas y cipreses que las nueras  
De Príamo plantaron, y que presto  
¡Ay! creceréis con lágrimas bañados  
De tristes viudas, proteged mis padres!  
Y quien llegare a la espesura sacra  
Que vuestras ramas formarán creciendo,  
Pío se dolerá de nuestros males  
Y tocará con reverencia el ara,  
Amparad a mis padres algún día;  
Veréis errante a un ciego en vuestros bosques,  
Trémulo penetrar en los sepulcros,  
Las urnas abrazar e interrogarlas;  
Entonces gemirán los hondos antros  
Y narrarán las tumbas el destino  
De Ilión, dos veces en el polvo hundida  
Y dos tornada a alzar con gloria nueva

Para adornar el último trofeo  
Del Pélide fatal. El sacro vate,  
Aplacando las sombras con su canto,  
Ensalzará a los príncipes argivos  
Por cuanto baña el piélagos sonante,  
Y a ti, Héctor, dará llanto sublime.  
Santa será la sangre derramada  
Por la patria infeliz, mientras radiante  
El sol alumbre la miseria humana.»

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la  
[Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite  
el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

